

C. 4 3-3

PABLO LAFARGUE

EL DERECHO Á LA PEREZA

(Refutación del **Derecho al trabajo** de 1848)



BUENOS AIRES

IMP. ELZEVIKIANA DE P. TONINI, *Piedad 1200*

1896

C.F. 3-3

PABLO LAFARGUE

EL DERECHO
Á LA PEREZA

(Refutación del **Derecho al trabajo** de 1848)



BUENOS AIRES

IMP. ELZEVIKIANA DE P. TONINI, *Piedad 1200*

1896

PRÓLOGO Á LA VERSIÓN ESPAÑOLA

Pablo Lafargue publicó por primera vez este escrito en 1880, en el semanario *L'Egalité*, de París.

En 1883 le agregó algunas notas ilustrativas, mientras se hallaba preso por cuestiones políticas en la cárcel de Santa Pelagia, y lo hizo publicar en forma de folleto por el editor Horiol.

Poco tiempo después, el *Sozialdemokrat*, órgano central del partido socialista alemán, empezó á publicarlo en sus columnas, recomendándolo con las siguientes palabras :

.... « Tenemos la satisfacción de ofrecer á nuestros lectores un escrito que, con su mordaz sarcasmo y su franqueza libre de miramientos, es lo más á propósito para romper audazmente con los prejuicios de todo género que se han insinuado en nuestras filas.

« La nulidez magistral y presumida, tan en boga hoy en Alemania, y que grita, torciendo los

Rabelais y Diderot, y predica la abstinencia á los obreros. La moral capitalista, mezquina parodia de la moral cristiana, castiga con un solemne anatema la carne del trabajador; su ideal consiste en reducir las necesidades del productor á su mínimun, en sofocar sus goces y sus pasiones, y en condenarlo al rol de máquina, de la cual se exprime trabajo sin tregua ni discreción.

Los socialistas revolucionarios deben, por consiguiente, volver á empezar la lucha sostenida en un tiempo por los filósofos y los satíricos de la burguesía; deben dar el asalto á la moral y á las teorías sociales del capitalismo y extirpar de la mente de la clase llamada á la acción, los prejuicios sembrados por la clase dominante; deben proclamar á la faz de todos los hipócritas de la moral, que la tierra dejará de ser el valle de lágrimas para los trabajadores; que en la sociedad comunista que nosotros fundaremos — pacíficamente si es posible, sino violentamente — las pasiones humanas tendrán su libre juego, desde que todas, como dice Descartes, « *son buenas por naturaleza; sólo debemos evitar su mal uso y su exceso* » (1). Y esto no se logrará más que con el libre contrabalancearse de las pasiones y con el desarrollo armónico del organismo humano. « Por eso, dice el doctor Beddoe, sólo cuando una raza llega al máximun de su desarrollo físico, alcanza también el más alto grado de fuerza y de energía moral » (2). Tal era también la opinión del gran naturalista Carlos Darwin (3).

(1) Descartes. *Les passions de l'âme*.

(2) Doctor Beddoe. *Memoirs of anthropological Society*.

(3) Carlos Darwin. *Descent of man*.

UN DOGMA FUNESTO

I

Una extraña pasión invade á las clases obreras de los países en que reina la civilización capitalista; una pasión que en la sociedad moderna tiene por consecuencia las miserias individuales y sociales que de dos siglos á esta parte torturan á la triste humanidad. Esa pasión es el amor al trabajo, el furibundo frenesí del trabajo, llevado hasta el agotamiento de las fuerzas vitales del individuo y de su progenitura.

En vez de reaccionar contra esa aberración mental, los curas, los economistas y los moralistas, han sacro santificado el trabajo.

Hombres ciegos y limitados, han querido ser más sabios que su Dios; seres débiles y detestables, han pretendido rehabilitar lo que su Dios ha maldecido.

Yo, que afirmo no ser ni cristiano, ni economista, ni moralista, hago apelación de su juicio ante el de su Dios, de las prescripciones de su moral religiosa, económica ó libre-pensadora, ante las espantosas consecuencias del trabajo en la sociedad capitalista.

En la sociedad capitalista, el trabajo es la causa de toda degeneración intelectual, de toda deformación orgánica.

Compárense los caballos de pura sangre, servidos por toda una legión de bimanos en las caballerizas de un Rothschild, con los pesados y toscos normandos que tienen que arar la tierra, acarrear el abono ó transportar la cosecha á los graneros. Contémplese el noble salvaje que los misioneros del comercio y los comerciantes de la religión no han corrompido aún con el cristianismo, la sífilis y el dogma del trabajo, y compáresele con nuestros míseros siervos de las máquinas (1)

Cuando en nuestra Europa civilizada se quiere encontrar un rastro de la belleza nativa del hombre, es preciso ir á buscarlo en las naciones donde los

(1) Los exploradores europeos se detienen asombrados ante la belleza física y el altivo talante de los hombres de las tribus primitivas que no han sido contaminadas aún por lo que Poeppig llama « *el hálito pestífero de la civilización*. »

Hablando de los aborígenas de las islas de la Oceanía, lord Jorge Campbell escribe:

« Ningún pueblo del mundo llama tanto la atención al primer golpe de vista. Su piel lisa y de un tinte ligeramente cobrizo; sus cabellos dorados y rizados. su risueña y hermosa presencia, en una palabra, el conjunto de su persona presenta un nuevo y espléndido modelo del *genus homo*; su aspecto físico nos hace la impresión de una raza superior á la nuestra. »

Con la misma admiración, los civilizados de la antigua Roma, los Césares y los Tácitos, contemplaban á los germanos de las tribus comunistas que invadían el imperio romano.

Lo mismo que Tácito, Salviano, el cura del siglo XV, á quien apellidaron « *el maestro de los obispos* », presentaba los bárbaros como modelos, á los civilizados y cristianos:

« Nosotros somos impúdicos en medio de los bárbaros, más castos que nosotros. Aun más, los bárbaros están escandalizados de nuestras impudicias. Los godos no permiten que estén entre ellos á los disolutos de su nación; sólo los romanos, en medio de ellos, por el triste

prejuicios económicos no han desarraigado aún el odio al trabajo.

La España, que ¡ay! también va degenerando, puede aun vanagloriarse de poseer menos fábricas que nosotros prisiones y cuarteles; pero el artista se goza al admirar al audaz andaluz, triqueño como el castaño, derecho y flexible como un tronco de acero; y nuestro corazón palpita más fuerte oyendo al mendigo, soberbiamente arropado en su capa agujereada, tratar de amigo á un duque de Osuna.

Para el español, en quien el animal primitivo no está todavía atrofiado, el trabajo es la peor de las servidumbres. También los griegos de la

privilegio de su nacionalidad y de su nombre, tienen el derecho de ser impuros. (La pederastia era entonces de moda entre los cristianos). Los oprimidos se van á buscar entre los bárbaros humanidad y protección. » (*De Gubernatione Dei.*)

La vieja civilización y el naciente cristianismo corrompieron á los bárbaros del viejo mundo, precisamente como el decrepito cristianismo y la moderna civilización capitalista corrompen á los salvajes del nuevo mundo.

El escritor católico, Mr. F. Le Play, cuyo talento de observación se debe reconocer, aun cuando se rechacen sus conclusiones sociológicas, impregnadas de prudhomismo filantrópico y cristiano, dice en su libro « *Los obreros europeos* » (1855):

« La propensión de los bachkires á la pereza (los bachkires son pastores semi-nómades de la vertiente asiática del Oural); los goces de la vida nómade; las costumbres de la reflexión que provocan en los individuos mejor dotados, dan á éstos generalmente, una distinción de modales, una claridad de inteligencia y de juicio que rara vez se nota en el mismo nivel social de una civilización superior... Lo que más les repugna son los trabajos agrícolas; á cualquier cosa se someten antes que aceptar el oficio de agricultor. »

En efecto, la agricultura es la primera forma en que aparece el trabajo servil en la humanidad.

gran época, no tenían más que desprecio por el trabajo: solamente á los esclavos les era permitido trabajar; el hombre libre no conocía más que los ejercicios corporales y los juegos de la inteligencia.

Fué aquel el tiempo de un Aristóteles, de un Fídias, de un Aristófanes, el tiempo en que un puñado de bravos destruía en Maraton las hordas del Asia, que Alejandro conquistó en seguida.

Los filósofos de la antigüedad enseñaban el desprecio al trabajo, esta degradación del hombre libre; los poetas entonaban himnos á la pereza, este don de los Dioses:

O Melibæ, Deus, nobis hæc otia fecit (1).

Cristo, en su sermón de la montaña, predica la pereza:

« Contemplad como crecen los lirios de los campos; ellos no trabajan, ni hilan, y sin embargo, yo os lo digo, Salomón en toda su gloria, no estuvo más espléndidamente vestido » (2).

Jehová, el dios barbudo y bilioso, dió á sus adoradores el supremo ejemplo de la pereza ideal: después de seis días de trabajo se entregó al reposo por toda la eternidad.

¿ Cuáles son, en cambio, las razas para quienes el trabajo es una necesidad orgánica? Los albornienses en Francia; los escoceses, esos albornienses de las islas británicas; los gallegos, esos albornienses de la España; los pomeranios, esos albornienses de Alemania; los chinos, esos albornienses del Asia.

En nuestra sociedad ¿cuáles son las clases que aman el trabajo por el trabajo? Los campesinos propietarios, los pequeños burgueses, quienes, curvados los unos sobre sus tierras, sepultados los otros en sus casas de negocio, se mueven como la rata en su galería subterránea, sin enderezarse nunca para contemplar á su gusto la naturaleza.

(1) Oh, Melibeo, un Dios nos ha dado estos ocios. *Virgilio, Bucólicas*. (Véase el apéndice.)

(2) *Evangelio según San Mateo*, cap. VI.

Y también el proletariado, la gran clase de los productores de todos los países, la clase que, emancipándose, emancipará á la humanidad del trabajo servil y hará del animal humano un ser libre, también el proletariado, traicionando sus instintos y desconociendo su misión histórica, se ha dejado pervertir por el dogma del trabajo.

Duro y terrible ha sido su castigo. Todas las miserias individuales y sociales son el fruto de su pasión por el trabajo.

II

En el año 1770 apareció en Londres un escrito anónimo bajo el título: « *An Essay on trade and commerce* » (Un ensayo sobre la industria y el comercio), que en aquella época hizo cierto ruido. Su autor, un gran filántropo, se indignaba porque « á la plebe manufacturera inglesa se le había puesto en la cabeza la idea fija de que, como ingleses, todos los individuos que la componen tienen por derecho de nacimiento, el privilegio de ser más libres y más independientes que los obreros de cualquier país de Europa.

« Esta idea, continúa, puede tener su utilidad respecto á los soldados, porque estimula su valor; pero cuanto menos estén imbuídos los obreros de las manufacturas de tal idea, tanto mejor será para ellos mismos y para el Estado. Los obreros no deberían nunca considerarse independientes de sus superiores. Es extremadamente peligroso alentar tales caprichos en un Estado comercial como el nuestro, donde tal vez las siete octavas partes de la población posee muy poca ó ninguna propiedad. La cura no será completa sino cuando nuestros pobres de la industria se resignen á trabajar seis días por la misma cantidad que ahora ganan en cuatro.»

Tenemos, pues, que un siglo antes de Guizot ya se predicaba abiertamente en Londres el trabajo como un freno á las nobles pasiones del hombre.

« Cuanto más trabajen mis pueblos, menos vicios tendrán, » escribía Napoleón desde Osterode.

Yo soy la autoridad.... y estaría dispuesto á ordenar que el domingo, pasada la hora del servicio divino, se reabrieran los negocios y volvieran los obreros á su trabajo.»

Para extirpar la pereza y doblegar los sentimientos de altivez é independencia que ella engendra, el autor del «*Ensayo sobre la industria*,» propuso encerrar á los pobres en «casas ideales de trabajo,» (*ideal workhouses*) que se convertirían en «casas de terror,» en las cuales sería forzoso trabajar 14 horas diarias, de modo que, descontando el tiempo de las comidas, quedarían siempre 12 horas de trabajo llenas y enteras.

Doce horas de trabajo por día; he ahí el ideal de los filántropos y de los moralistas del siglo XVIII. ¡Cómo hemos traspasado ese *non plus ultra*!

Los talleres modernos se han convertido en casas ideales de corrección; en ellas se encierran las masas obreras y se condena, no sólo á los hombres, sino á las mujeres y á los niños, al trabajo forzado de 12 y 14 horas diarias (1).

Y decir que los hijos de los héroes de la Revolución se han dejado degradar por la religión hasta el punto de aceptar en 1848, como una conquista revolucionaria, la ley que limitaba el tra-

(1) En el primer Congreso de beneficencia celebrado en Bruselas en 1857, uno de los más ricos manufactureros de Marquette, Mr. Scrive, decía con la aprobación de los miembros del Congreso y la satisfacción de un deber cumplido:

“Nosotros hemos introducido algunos medios de distracción para los niños. Les enseñamos á cantar durante el trabajo y á cantar igualmente trabajando; esto los distrae y les hace soportar con valor *esas doce horas de trabajo que deben emplear para conseguir sus medios de subsistencia.*”

¡Doce horas de trabajo! y ¡qué trabajo! ¡impuesto á niños que aún no tienen doce años!

¡Los materialistas deplorarán siempre que no exista un infierno para esos cristianos, para esos filántropos, para esos verdugos de la infancia!

bajo en las fábricas á 12 horas por día! Proclamaron como un principio revolucionario, el *derecho al trabajo*. ¡Vergüenza para el proletariado francés! Solamente esclavos podían ser capaces de semejante bajeza. ¡Veinte años de civilización capitalista necesitaría un griego de los tiempos antiguos para concebir tanta degradación!

Y si los dolores del trabajo forzado y las torturas del hambre han caído sobre el proletariado en mayor cantidad que las langostas de la Biblia, es él quien tiene la culpa.

El mismo trabajo que en Junio de 1848 reclamaron los obreros con las armas en la mano, lo han impuesto ellos á sus familias; ellos han entregado á los señores feudales de la industria sus mujeres y sus hijos. Con sus propias manos han demolido su hogar doméstico, con sus propias manos han secado el pecho de sus mujeres. Las desgraciadas en cinta ó amamantando á sus pequeños, han tenido que ir á las minas y á las manufacturas á doblar la espalda y á atrofiar sus nervios. Ellos, con sus propias manos, han destruido la vida y el vigor de sus hijos.

¡Vergüenza para los proletarios! ¿Dónde están aquellas comadres osadas, alegres y amantes de la diva botella, de quienes hablan nuestras novelas? ¿Dónde están aquellas mujeres despreocupadas, siempre trotando, siempre cocinando, siempre sembrando la vida, generando la alegría, pariendo sin dolor hijos sanos y vigorosos?... Hoy tenemos las niñas y las mujeres de las fábricas, miseras flores macilentas, de sangre descolorida, de estómago relajado, de miembros languidecidos!.... Un placer sano es para ellas desconocido.

¿Y los niños? ¡Doce horas de trabajo á los niños! ¡Oh, miseria! Todos los Jules Simón de la Academia de ciencias morales y políticas, todos los Germiny de la jesuitería, no habrían podido inventar un vicio más degradante para la inteligencia de los niños, más corruptor de sus instintos, ni más destructor de su organismo, que el trabajo en la atmósfera viciada del taller capitalista.

Nuestro siglo, dicen, es el siglo del trabajo. En efecto, es el siglo del dolor, de la miseria y de la corrupción.

Y sin embargo, los filósofos y economistas burgueses, desde el penosamente confuso Augusto Comte hasta el ridículamente claro Leroy-Beaulieu; los literatos burgueses, desde el charlatanesca-mente romántico Víctor Hugo hasta el ingenuamente grotesco Paul de Kock, todos han entonado cánticos nauseabundos en honor del dios Progreso, el hijo primogénito del trabajo.

Escuchándolos, creeríase que la felicidad empezaría á reinar en la tierra, que desde ya se sintiese su llegada.

Ellos han ido á los siglos pasados á revolver el polvo y las miserias feudales para hacer resplandecer más vívido el sol del presente. ¡Cómo nos han hastiado esos satisfechos, recién salidos de la servidumbre de los grandes señores y convertidos hoy en siervos de la pluma de la burguesía, abundantemente estipendiados; cómo nos han hastiado con el tipo agricultor del retórico La Bruyère!

Y bien; nosotros vamos á mostrarles á esos señores el brillante cuadro de los goces proletarios, en el año 1848 del progreso capitalista; cuadro pintado por uno de los suyos, por el doctor Villermé, miembro del Instituto, el mismo que en 1848 formó parte de esa sociedad de sabios, en la cual figuraban Thiers, Cousin, Passy, Blanqui el académico, y que propagó en las masas obreras las pamplinas de la economía y de la moral burguesas.

Se refiere á la Alsacia manufacturera, á la Alsacia de los Kestner y de los Dollfus, de esas flores de la filantropía y del republicanismo industriales.

Pero antes que el doctor Villermé nos presente el cuadro de las miserias proletarias, oigamos á un manufacturero alsaciano, á Mr. Th. Mieg, de la casa Dollfus, Mieg y C^a, el cual nos describe la situación del artesano de la antigua industria:

* En Mulhouse, cincuenta años atrás, en 1813

cuando recién empezaba á nacer la moderna industria mecánica, los obreros eran todos hijos del país, habitaban las ciudades y los pueblos circunvecinos y poseían casi todos una casa y muchas veces un pequeño campo (1)

« Era esta la edad de oro del trabajador. Pero la industria alsaciana todavía no había inundado el mundo con sus géneros de algodón, ni hecho millonarios á sus Dollfus y Koechlin. »

Cuando, 25 años después, el doctor Villermé visitó la Alsacia, el moderno minotauro, la fábrica capitalista, había ya conquistado el país; en su furia de trabajo humano había arrancado los obreros de sus hogares para estrujarlos mejor y exprimirles el trabajo que contenían.

« Un gran número, dice Villermé, cinco mil sobre diez y siete mil, estaban obligados, por lo caro de los alquileres, á habitar en los villorrios cercanos.

» Algunos vivían á dos leguas y hasta dos leguas y cuarto de la fábrica donde trabajaban.

» En Mulhouse y en Dornach, el trabajo empezaba á las cinco de la mañana y concluía á las ocho de la noche, lo mismo en verano que en invierno....

» Es necesario verlos llegar todas las mañanas á la ciudad y partir todas las noches. Hay entre ellos una multitud de mujeres pálidas, descarnadas, que caminan descalzas entre el barro y que, á falta de paraguas cuando llueve ó nieva, llevan el delantal echado sobre la cabeza para preservarse la cara y el cuello; y un número aun más considerable de niños, no menos sucios y macilentos, con la ropa engrasada por el aceite de las máquinas que les cae encima durante el trabajo

» Estos niños, mejor preservados de la lluvia por la impermeabilidad de sus vestidos, ni siquie-

(1) Discurso pronunciado en la *Sociedad internacional de estudios prácticos de economía social de París*, en Mayo de 1863, y publicado en el *Economista francés*, de la misma época.

ra tienen como las mujeres, una canasta al brazo donde llevar las provisiones del día; llevan en la mano, debajo del saco ó como pueden, el pedazo de pan que debe sustentarlos hasta que vuelvan á entrar á sus casas.

» Así, á la fatiga de una jornada desmesuradamente larga que no baja de quince horas, estos desgraciados tienen que agregar la de las idas y venidas, tan penosas.

» Resulta que llegan por la noche á sus casas, agobiados por la necesidad de dormir, y que al día siguiente, sin estar completamente reposados, tienen que levantarse para encontrarse puntualmente en la fábrica á la hora de la apertura.»

Con respecto á los barrios en que deben amontonarse los que viven en la ciudad, dice:

« Yo he visto en Mulhouse, en Dornach y en las casas circunvecinas, aquellos miserables albergues donde dormían dos familias, cada una en un ángulo, sobre la paja tirada por el suelo y separadas por dos tablas solamente....

» La miseria en que viven los obreros de la industria algodonera en el Departamento del Alto Rhin es tal, que, mientras en las familias de los fabricantes, negociantes, directores de talleres, etc., la mitad de los niños llega á los 21 años, esta misma mitad deja de existir antes de cumplir el segundo año en las familias de los tejedores y de los obreros de las hiladoras de algodón»....

Hablando del trabajo en las fábricas, agrega:

« Aquello no es un trabajo, una tarea, es una tortura que se inflige á niños de 6 á 8 años ... Este largo suplicio de todos los días es principalmente lo que enerva á los obreros de las hiladoras de algodón».

Y á propósito de la duración del trabajo, hacía notar Villermé que los forzados de los establecimientos penales, no trabajaban más que 10 horas; los esclavos de las Antillas, 9 por término medio; mientras en Francia, en la nación que había hecho la revolución de 1789 y proclamado los pomposos *derechos del hombre*, había « fábricas donde la jornada era de 16 horas, en las cuales no se

concedía á los obreros más que una hora y media de pausa para las comidas » (1).

¡ Oh, miserables abortos de los principios revolucionarios de la burguesía ! ¡ Oh, lúgubres presentes de su dios Progreso ! Los filántropos llaman benefactores de la humanidad á los que, para enriquecerse sin trabajar, dan trabajo á los pobres : más valdría sembrar la peste ó envenenar las aguas que erigir una fábrica en medio de una población rural.

Introducíd el trabajo, y adiós alegrías, salud, libertad ; adiós todo lo que hace bella la vida y digna de ser vivida.

Y los economistas no se cansan de repetir á los obreros : trabajad, trabajad para aumentar la fortuna social ! Es, sin embargo, un economista, Destut de Tracy, quien les contesta :

« Las naciones pobres son aquellas en que el pueblo vive con comodidad ; las naciones ricas son aquellas en que por lo regular vive en la estrechez. »

Y su discípulo Cherbullier, añade :

« Los trabajadores, al cooperar á la acumulación de capitales productivos, contribuyen por sí mismos al advenimiento que, tarde ó temprano, deberá privarlos de una parte de sus salarios. »

Pero los economistas, aturdidos é idiotizados por sus mismos aullidos, responden : trabajad, trabajad sin descanso para crear vuestro bienestar. Y en nombre de la mansedumbre cristia-

(1) *L. R. Villermé*. Cuadro del estado físico y moral de los obreros de las fábricas de algodón, lana y seda (1840).

Y no se crea que porque los Dollfus, los Koechlin y otros fabricantes alsacianos son republicanos, patriotas ó filántropos, tratan así á sus obreros ; pues Blanqui, el académico, Reybaud, el prototipo de Jerónimo Paturot, y Jules Simón, el Gedeón político, han constatado las mismas delicias para la clase obrera, en los fabricantes catolicísimos y monarquísimos de Lille y Lyon.

Son virtudes capitalistas que se amoldan á las mil maravillas con todas las creencias políticas y religiosas.

na, un cura anglicano, el reverendo Townsend, salmodia: trabajad, trabajad noche y día; trabajando, vosotros aumentáis vuestra miseria y vuestra miseria nos ahorra de tener que imponeros el trabajo por la fuerza de las leyes. La imposición legal del trabajo, da demasiada pena, exige demasiada violencia y hace demasiado ruido; el hambre, por el contrario, es no solamente una presión pacífica, silenciosa, incesante, sino que siendo el móvil más natural del trabajo y de la industria, provoca también los esfuerzos más potentes.»

Trabajad, trabajad, proletarios, para aumentar la fortuna social y vuestras miserias individuales; trabajad, trabajad para que, haciéndoos cada vez más pobres, tengais más razón de trabajar y de ser miserables. Tal es la ley inexorable de la producción capitalista.

Los proletarios, prestando oídos á las falaces palabras de los economistas, se han entregado en cuerpo y alma al vicio del trabajo, contribuyendo con esto á precipitar la sociedad entera en esas crisis industriales de sobreproducción que trastornan el organismo social. Entonces, á causa de la plétora de mercancías y de la escasez de compradores, se cierran las fábricas, y el hambre azota las poblaciones obreras con su látigo de mil correas.

Los proletarios, embrutecidos por el dogma del trabajo, sin comprender que la causa de su miseria presente es el sobretrabajo que se infligieron en los tiempos de pretendida prosperidad, en vez de correr á los graneros de trigo, y gritar: «¡Nosotros tenemos hambre, queremos comer!... Verdad que no tenemos un centavo, pero así, miserables como somos, fuimos nosotros, sin embargo, quienes cosechamos el trigo y vendimiamos la uva...» En vez de sitiar los depósitos del señor Bonnet y del señor Jujurieux — el inventor de los conventos industriales — y exclamar:

«Señores, aquí están vuestras obreras que tiemblan de frío bajo sus ropas de algodón, tan remendadas que mueven al llanto el ojo de un judío; y sin embargo, son ellas quienes han hilado

y teñido los vestidos de seda de las *cocottes* de toda la cristiandad. Las infelices, trabajando trece horas por día, no tenían tiempo de atender sus *toilettes*; pero ahora, mientras están desocupadas pueden darse á coquetear un poco con los géneros de seda que ellas mismas han trabajado.

« Desde que las despecharon dedicáronse á hacer vuestra fortuna, y han vivido en la abstinencia; pero ahora tienen comodidades y quieren gozar del fruto de su trabajo. Vamos, señor Bonnet, dad vuestras sedas; el señor Harmel dará sus muselinas, el señor Pouyer-Quertier sus calicots, el señor Pinet sus botines para sus piesecitos fríos y húmedos. . .

« Vestidas de piés á cabeza y saltando de alegría, será un gusto para vosotros contemplarlas. Animo, no tergiverseis las cosas: vosotros sois amigos de la humanidad y cristianos por añadidura; ¿no es cierto? . . . Pues bien, poned á disposición de vuestras obreras la fortuna que os han edificado con la carne de su carne. . .

« ¿No sois amigos del comercio? Pues entonces, facilitad la circulación de las mercancías; he aquí consumidores fácilmente encontrados: no tenéis más que abrirles vuestros créditos ilimitados. Vosotros estáis obligados á abrirlos á negociantes que no conocéis, que no os han dado nada, ni un vaso de agua siquiera. Vuestras obreras se arreglarán como puedan; si el día del vencimiento gambetea y dejan protestar sus firmas, las declararéis en quiebra, y si no halláis nada para secuestrar, exigid que os paguen con plegarias: ellas os enviarán al cielo mejor que vuestros curas negros con las narices llenas de rapé. »

En vez de aprovechar de los momentos de crisis para una distribución general de los productos y para un goce universal, los obreros, muriéndose de hambre, van á golpear con sus cabezas las puertas de las fábricas. Con los rostros descarnados y los cuerpos enflaquecidos, asaltan á los fabricantes humildemente, haciendo lo posible por excitar su compasión.

« Buen señor Chagot, dulce señor Schneider, dadnos trabajo; no es el hambre, sino la pasión del trabajo lo que nos atormenta. »

Y esos infelices, que apenas tienen fuerzas para sostenerse en pie, venden 12 ó 14 horas de trabajo por la tercera parte del precio que exigían cuando tenían pan sobre la mesa. Y los filántropos de la industria se aprovechan de estas crisis para fabricar más barato.

Si las crisis industriales suceden á los períodos de sobretrabajo tan fatalmente como la noche al día, arrastrando consigo la huelga forzosa y la miseria sin salida, producen también la bancarrota inexorable.

Mientras tiene crédito el fabricante, alienta sin cesar la pasión del trabajo, acumulando deudas sobre deudas para proveer de materia prima á sus obreros. Hace producir sin reflexionar que el mercado se atesta, y que, si sus mercancías no llegan á venderse, llegarán sus pagarés al vencimiento. En sus apuros, va á implorar al judío, se le arroja á sus pies, le ofrece su sangre, su honor. « Un poquito de oro haría mejor mi negocio, » responde el Rothschild; tenéis 20.000 pares de medias en depósito: valen 20 sueldos, yo las compro á cuatro. »

Obtenidas las medias, el judío las vende á 6 ú 8 sueldos y se echa al bolsillo rutilantes billetes de cinco francos que no deben nada á nadie; pero el fabricante ha retrocedido para saltar mejor. Llega finalmente la quiebra, y los depósitos desbordan; se arrojan entonces tantas mercancías por la ventana que no se comprende como hayan podido entrar por la puerta. Se calcula en centenares de millones el valor de las mercancías destruidas; en el siglo pasado se quemaban ó echaban al mar (1).

Pero antes de tomar esta decisión, recorren los comerciantes el mundo entero en busca de salida para las mercancías que se amontonan; chillan y gritan por la anexión del Congo, la con-

(1) En el Congreso industrial celebrado en Berlin el 21 de Enero de 1879 se avaluó en 568 millones de francos la pérdida que tuvo la industria del hierro en Alemania durante la última crisis.

quista del Tonkin, de la Eritrea, del Dahomey, obligando á los gobiernos á demoler á tiros de cañón las murallas de la China, con el único fin de poder despachar sus géneros de algodón. En el siglo pasado tuvo lugar un duelo á muerte entre Francia é Inglaterra para decidir quién gozaría el privilegio exclusivo de vender en América y en las Indias. Millares de hombres jóvenes y vigorosos han tenido que enrojecer el mar con su sangre en las guerras coloniales de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Los capitales abundan como las mercancías. Los financistas no saben ya donde colocarlos, y van por eso á las naciones felices que están al sol fumando tranquilamente, á construir ferrocarriles, á erigir fábricas, á implantar la maldición del trabajo. Y esta exportación de capitales franceses termina un buen día con complicaciones diplomáticas — como en Egipto, donde poco faltó para que la Francia, la Inglaterra y la Alemania se agarraran de los cabellos para averiguar qué usureros debían ser pagados primeramente — ó con guerras por el estilo de la de Méjico, á donde se mandan soldados franceses á hacer el oficio de *alguaciles* para cobrar malas deudas (1).

(1) « La Justicia » del señor Clemenceau, decía en su parte financiera: « Hemos oído sostener esta opinión: que, á falta de la Prusia, los millones de la guerra de 1870, habrían sido *igualmente perdidos* por la Francia en forma de empréstitos emitidos periódicamente para equilibrar los presupuestos de los Estados extranjeros. Tal es también nuestra opinión. »

En cinco mil millones se calculan las pérdidas de los capitales ingleses por los empréstitos á las repúblicas de la América del Sud.

Los trabajadores franceses han producido, no solo los cinco mil millones pagados á Bismarck, sino que continúan todavía pagando los intereses de la indemnización de guerra, á los Ollivier, á los Girardin y á los Bazaine, que fueron los causantes de la guerra y las derrotas. Sin embargo, les queda un consuelo: estos cinco mil millones no ocasionaron guerras para reconquistar territorios.

Estas miserias individuales y sociales, por grandes é innumerables que sean y por eternas que parezcan, desaparecerán como las hienas y los chacales al acercarse el león, cuando el proletariado diga: *yo lo quiero*.

Pero, para que llegue á la conciencia de su fuerza, es necesario que el proletariado pisotee los prejuicios de la moral cristiana, económica y libre-pensadora; es necesario que vuelva á sus instintos naturales; que proclame los *derechos á la pereza*, mil y mil veces más nobles y más sagrados que los tísicos *derechos del hombre*, concebidos por los abogados metafísicos de la revolución burguesa; que se empeñe en no trabajar más de tres horas diarias, holgando y gozando en el resto del día y de la noche.

Hasta aquí mi tarea ha sido fácil; sólo he tenido que describir males reales, bien conocidos ¡ay! por todos nosotros. Mas, convencer al proletariado de que la moral que se le ha inculcado es perversa; que el trabajo sin freno, sin medida ni objeto, al cual se ha entregado desde principios del siglo, es el más terrible flagelo que haya jamás castigado á la humanidad, y que el trabajo se convertirá en un condimento de los placeres de la pereza, en un ejercicio benéfico al organismo humano y en una pasión útil al organismo social, cuando sea sábiamente regularizado y limitado á un máximo de tres horas, es una tarea árdua y superior á mis fuerzas. Fisiologistas, higienistas y economistas comunistas, podrían solamente emprenderla.

En las páginas siguientes me limitaré á demostrar que, dados los medios modernos de producción y su potencia reproductiva ilimitada, es necesario domar la pasión extravagante de los obreros al trabajo, y obligarlos á consumir las mercancías que producen.

III

Efectos del exceso de producción

Un poeta griego de la época de Cicerón — Antiparos — cantaba en los siguientes términos la in-

vención del molino á agua (para la molienda del trigo), que venía á libertar las mujeres esclavas y á traer la edad de oro:

« ¡Ahorrad el brazo que hace girar la piedra, oh, molineras, y dormid tranquilamente! ¡En vano os advierta el gallo que es de día! Danae ha impuesto á las niñas el trabajo de las esclavas; mas ahí las tenéis saltando alegremente sobre la rueda; y hé ahí el asta sacudida que gira con sus rayos haciendo dar vuelta la pesada piedra. Vivamos de la vida de nuestros padres y gocemos contentos en la pereza los dones que la diosa concede. »

Pero ¡ay! las comodidades que el poeta pagano anunciaba, no han llegado todavía.

La pasión ciega, perversa y homicida del trabajo, transforma la máquina libertadora en instrumento de esclavitud de los hombres libres: su fuerza de producción los empobrece.

Una buena obrera no hace con su huso más de cinco mallas por minuto; ciertas máquinas hacen treinta mil en el mismo tiempo. Cada minuto de la máquina equivale, por consiguiente, á cien horas de trabajo de la obrera, ó lo que es igual: cada minuto de trabajo de la máquina hace posible á la obrera diez días de reposo.

Lo que es cierto para la industria de los tejidos lo es poco más ó menos para todas las industrias renovadas por la máquina moderna.

Pero ¿qué vemos nosotros? A medida que la máquina se perfecciona y sustituye con una rapidez y precisión cada vez mayor al trabajo humano, el obrero, en vez de aumentar en razón directa su reposo, redobla aun más su esfuerzo como si quisiera rivalizar con la máquina. ¡Oh, competencia absurda y homicida!

Para dar libre curso á esta competencia entre el hombre y la máquina, los proletarios han abolido las sabias leyes que limitaban el trabajo de los artesanos de las antiguas corporaciones, y suprimido los días de fiesta (1).

(1) En la Edad Media, las leyes de la Iglesia garantían á los obreros 90 días de reposo en el año — 52 do-

¿Pero se cree, acaso, que porque los obreros trabajaran entonces cinco días de los siete de la semana, vivían solo de aire y de agua fresca, como nos cuentan los farsantes de la economía? ¡Ni por pienso! Ellos tenían comodidades para gustar los goces de la tierra, para hacer el amor y divertirse, y banquetear alegremente en honor del gran dios Reposo.

La severa Inglaterra, convertida hoy día en la mojigata del protestantismo, llamábase entonces la *alegre Inglaterra* (Merry England).

Rabelais, Quevedo, Cervantes, los autores desconocidos de los romances picarescos, nos hacen venir el agua á la boca con los relatos de aquellas monumentales comilonas en que *nada era*

mingos y 38 días feriados — en los cuales estaba terminantemente prohibido trabajar. Fué este el gran crimen del catolicismo, la causa primera de la irreligiosidad de la burguesía industrial y comerciante. Cuando la Revolución, apenas asumió el poder, abolió los días de fiesta y reemplazó la semana por la década, á fin de que el pueblo no tuviera más que un día de descanso cada diez. Libertó á los obreros del yugo de la Iglesia para someterlos mejor al yugo del trabajo.

El odio contra los días feriados, recién empieza á notarse cuando la moderna burguesía industrial y comerciante toma cuerpo, es decir, entre el siglo xv y el xvi. Enrique IV pidió su reducción al Papa, quien se negó por ser "una herejía en boga tocar los días de fiesta." (*Cartas del cardenal de Ossat*). Pero, en 1666, Péréfixe, arzobispo de París, suprimió 17 en su diócesis. El protestantismo, que es la religión cristiana amoldada á las nuevas necesidades industriales y comerciales de la burguesía, fué menos celoso del reposo popular: destronó los santos del cielo para abolir sus fiestas en la tierra.

La reforma religiosa y el libre-pensamiento filosófico, no fueron más que pretextos de que se valió la burguesía jesuita y rapaz para escamotear al pueblo los días festivos.

ahorrado (1). Yordacus y la escuela flamenca de pintura, nos las han reproducido en sus telas vivaces.

Sublimes estómagos gargantuescos ¿qué sois vosotros ahora? Sublimes cerebros que encerraban todo el pensamiento humano ¿en qué habéis venido á parar? ¡Cuánto hemos degenerado y empequeñecido! La vaca tuberculosa, la papa, el vino adulterado y los alcoholes sabiamente combinados con el trabajo forzoso, han debilitado nuestros cuerpos y limitado nuestras mentes. ¡Y es precisamente cuando el hombre restringe su estómago y aumenta la máquina su fuerza de producción, que los economistas nos predicán la teoría malthusiana, la religión de la abstinencia y el dogma del trabajo! Sería cosa de arrancarles la lengua y tirarla á los perros.

Desde que la clase trabajadora, en su ingenuidad y buena fe, se ha dejado transtornar la cabeza, arrojándose ciegamente con su impetuosidad nativa al trabajo y la abstinencia, la clase capitalista se ve obligada á la pereza y al goce forzados, á la improductividad y á la sobreconsumación. Pero si el sobretrabajo del proletario aniquila su carne y atenaza sus nervios, él no es menos fecundo en sufrimientos para el burgués.

La abstinencia á la cual se condena la clase productora, obliga á los burgueses á consagrarse á la sobreconsumación de los productos que aquella fabrica desordenadamente.

(1) Estas fiestas pantagruélicas duraban semanas enteras. Don Rodrigo de Lara conquistó su novia arrojando á los moros de Calatrava, y el *Romancero* narra que:

*Las bodas fueron en Burgos,
Las tornabodas en Salas;
En bodas y tornabodas
Pasaron siete semanas,
Tantas vienen de las gentes...
Que no caben por las plazas...*

Fueron los hombres de aquellas fiestas nupciales de siete semanas los heroicos soldados de las guerras de la independencia.

Al principio de la producción capitalista, uno ó dos siglos ha, el burgués era un hombre ordenado, de costumbres moderadas y pacíficas; se contentaba con su mujer, y no bebía sino cuando tenía sed, ni comía más que cuando tenía hambre. Dejaba á los cortesanos y cortesanas las nobles virtudes de la vida disoluta.

Hoy día, no existe burgués que no se llene de capones con tartufos y de *bordeaux*, para alentar á los criadores de gallináceos y á los vinicultores; ni hijo de advenedizo enriquecido que no se crea en la obligación de desarrollar la prostitución y de mercurializar su cuerpo, á fin de que tengan su explicación los trabajos que se imponen los obremos de las minas de mercurio.

En este oficio el organismo se gasta rápidamente; los cabellos se enrarecen; los dientes se aflojan; el cuerpo se deforma; la barriga se hincha; la respiración se hace fatigosa, los movimientos pesados; las articulaciones se paralizan, las falanges se anudan.

Otros, demasiado débiles para soportar las fatigas de la vida disoluta, pero dotados de un sentimiento de hipócrita filantropía, atrofian sus cerebros en elucubrar, como los Garnier de la economía política y los Acollas de la filosofía jurídica, gruesos libros soporíficos, y dar así ocupación á los encuadernadores y á los tipógrafos.

Las mujeres del mundo elegante llevan una vida de mártires. Para probar y dar valor á los mágicos vestidos que se esfuerzan en confeccionar las modistas, las pobres pasan continuamente de uno en otro traje; ponen sus cabezas vacías, durante horas y horas, á disposición de los peluqueros, para que éstos sacien su pasión por los más imposibles peinados y los cabellos postizos. Apretadas en sus corsets y en sus botines estrechos y descotadas á punto de hacer ruborizar á un granadero, giran en sus bailes de beneficencia, durante noches enteras, á fin de recoger algunos centavos para los pobres. ¡Almas de Dios!

Para cumplir con su doble misión social de improductora y de sobreconsumidora, la burguesía no sólo tiene que violentar sus gustos modestos,

perder sus costumbres laboriosas de dos siglos ha, y darse al lujo desenfrenado, á las indigestiones trufadas y á las disoluciones sifilíticas, sino que tiene que sustraer al trabajo productivo una masa enorme de hombres, para procurarse ayuda.

Hé aquí algunas cifras que prueban lo colosal que es esta dispersión de fuerzas productivas.

« Según el censo de 1861, la población de Inglaterra y del país de Gales era de 20.066.244 personas, de las cuales 9.776.279 del sexo masculino y 10.289.965 del sexo femenino. Si se deducen los muy viejos ó los muy jóvenes para trabajar; las mujeres adolescentes y los niños improductivos; luego las profesiones ideológicas, como los gobernantes, la policía, el clero, la magistratura, el ejército, la prostitución, las artes, las ciencias, etc., y, tras estos, á la gente ocupada en comerse el trabajo de los demás, bajo forma de alquileres, intereses, dividendos, etc., quedan en cifra redonda 8.000.000 de individuos de ambos sexos y de toda edad, incluso los capitalistas que funcionan en la producción, el comercio, la finanza, etc....

En estos 8.000.000 se cuentan :

Agricultores (incluso los pastores y las peonadas en general)	1.098.261
Obreros de las fábricas de algodón, lana, cáñamo, lino, seda, yute, etc.	642.607
Obreros de las minas de carbón y metal	565.835
Obreros metalúrgicos (fundidores, laminadores, etc.)	396.998
Clase doméstica (sirvientes en general)	1.208.648

Si sumamos los trabajadores de las fábricas de tejidos y los de las minas de carbón y de metal, tenemos la cifra de 1.208.442; si hacemos otro tanto con los primeros y los de todas las industrias metalúrgicas, nos da un total de 1.039.605; es decir, en cada suma el número de individuos es siempre menor que el de los esclavos domésticos modernos. Hé ahí el magnífico resultado de la explotación capitalista de las máquinas » (1).

A toda esta clase doméstica, cuyo gran número indica el grado de desarrollo alcanzado por la civilización capitalista, hay que agregar la clase

(1) Carlos Marx. *El Capital*.

numerosa de los infelices consagrados exclusivamente á satisfacer los gustos dispendiosos y fútiles de las clases ricas: pulidores de diamantes, bordadoras, modistas de lujo, etc. (1)

Una vez entregada á la pereza absoluta y desmoralizada por el goce forzado, la burguesía, á pesar de los males que le acarreó su nuevo género de vida, se conformó con él, mirando con horror, desde entonces, todo cambio. Las miserables condiciones de existencia aceptadas resignadamente por la clase obrera, y la degradación orgánica engendrada por la depravada pasión del trabajo, aumentaron aun más su repugnancia por toda imposición de trabajo y cualquier restricción de goces.

Y precisamente entonces, sin tener en cuenta la desmoralización que, como un deber social, habíase impuesto la burguesía, los proletarios se pusieron en la cabeza la idea de infligir el trabajo á los capitalistas. ¡Ingenuos! Tomaron en serio la teoría de los economistas y los moralistas sobre el trabajo, y se obstinaron en llevarla á la práctica, imponiéndola á los capitalistas. El proletariado enarboló la divisa: *El que no trabaja, que no coma*; Lyon, en 1831, se rebeló al grito de: *Trabajo, ó plomo*; los insurgentes de Junio de 1848 reclamaron el *Derecho al trabajo*; los federados de Marzo de 1871 declararon que su rebelión era la *Revolución del trabajo*.

A estos desencadenamientos de bárbaro furor, destructores de todo goce y toda pereza burguesa, los capitalistas no podían contestar más que con la represión feroz; pero ellos saben que si

(1) « La proporción en que la población de un país está empleada como doméstica al servicio de las clases acomodadas, indica su progreso en riqueza nacional y en civilización ». (R. M. Martin. *Ireland before and after the Union*; 1848.)

Gambetta, que negaba la cuestión social desde que ya no era el abogado menesteroso del Café Procope, referíase sin duda á esta clase doméstica, siempre creciente, cuando reclamaba el advenimiento de las nuevas capas sociales.

han podido sofocar estas explosiones revolucionarias, no han ahogado por eso, en la sangre de sus matanzas gigantescas, la absurda idea del proletariado de quererle imponer el trabajo á las clases ociosas y panzudas; y sólo con el fin de alejar este peligro la burguesía se rodea de pretorianos, polizontes, magistrados y carceleros entretenidos en una improductividad laboriosa.

Ya no se pueden tener ilusiones sobre el carácter de los ejércitos modernos: no son mantenidos permanentemente más que para comprimir al *enemigo interno*.

Por eso se construyeron los fuertes de París y Lyón; no ya para defender la ciudad contra el extranjero, sino para aplastarla si se subleva. Y si se quiere un ejemplo que no admita réplica, citaremos al ejército de Bélgica, de este país, verdadera Jauja del capitalismo.

Su neutralidad está garantida por las potencias europeas, y, sin embargo, su ejército es uno de los más fuertes proporcionalmente á su población. Los gloriosos campos de batalla del valiente ejército belga, son las llanuras del Borinage y de Charleroy; en la sangre de los mineros y de los obreros inermes es donde el oficial belga *bautiza* su espada y gana sus charreteras. Las naciones europeas no tienen ejércitos nacionales, sino ejércitos mercenarios: ellos protegen á los capitalistas contra el furor popular que quisiera condenarlos á 10 horas de mina ó de hiladora.

La clase obrera, al estrechar su vientre, ha desarrollado desmesuradamente el vientre de la burguesía, condenándola á la sobreconsumación.

Para ser aliviada en su penoso trabajo, la burguesía ha retirado de las clases obreras una masa de hombres, superior en mucho á la que queda consagrada á la producción útil, y la ha condenado á su vez á la improductividad y á la sobreconsumación. Pero esta legión de bocas inútiles, á pesar de su voracidad insaciable, no alcanza á consumir todas las mercancías que los obreros embrutecidos por el dogma del trabajo producen como maniáticos, sin quererlas consumir y sin

pensar siquiera si se encontrarán suficientes personas para consumirlas.

Ante esta doble locura de los obreros de matarse trabajando con exceso y de vegetar en la abstinencia, el gran problema de la producción capitalista no es ya el de encontrar productores y de duplicar sus fuerzas, sino de descubrir consumidores, excitar sus apetitos y crearles otros ficticios.

Desde que los obreros europeos, temblando de frío y de hambre, se niegan á usar los géneros tejidos por ellos, á consumir el trigo y beber el vino que ellos cosechan, los pobres fabricantes se ven obligados á correr á los antípodas en busca de quienes quieran encargarse de consumir esos productos. Centenas y millares de millones representan los valores que exporta anualmente la Europa á los cuatro vientos, por no saber qué hacer con ellos (1).

Pero los continentes explorados no son lo suficiente vastos; se necesitan, por consiguiente, países vírgenes. Los fabricantes de Europa sueñan noche y día con el Africa, con el lago de Sahara, con el ferro-carril del Sudán; con ansiedad siguen los progresos de los Livingston, de los Stanley, de los Chaillu, de los Brazza; con la boca abierta escuchan las maravillosas historias de estos viajeros valerosos.

¡Qué de maravillas desconocidas no encierra ese *continente negro*! Campos inmensos están cubiertos de dientes de elefantes; rios de aceite de coco corren sobre lechos de arenas de oro; mi-

(1) Dos ejemplos: El gobierno inglés, para complacer á los campesinos de la India, quienes á pesar de las hambres periódicas que asolan el país, se obstinan en cultivar la amapola en vez del arroz y del trigo, ha tenido que emprender guerras sangrientas para imponer al gobierno chino la libre introducción del opio indiano.

Los salvajes de la Polinesia, no obstante la mortandad que fué la consecuencia de su nuevo género de vida, tuvieron que vestirse y embriagarse á la inglesa para consumir los productos de las destilerías de Escocia y los tejidos de las fábricas de Manchester.

llares de culos negros, desnudos como la cara de Dufaure ó de Girardín, esperan los géneros europeos para aprender la decencia, y las botellas de *schnaps* para conocer las virtudes de la civilización.

Mas todo es impotente: ni los derroches de la burguesía, ni el enorme consumo de una clase doméstica más numerosa que la clase productora, ni las poblaciones salvajes que se inundan de mercancías europeas, nada, nada alcanza á agotar las montañas de productos que se acumulan á mayor altura que las Pirámides de Egipto.

La productividad de los obreros europeos desafia todo consumo, todo derroche. Los fabricantes enloquecidos no saben ya donde dar con la cabeza, viéndose en la imposibilidad de encontrar suficiente materia prima para satisfacer la desordenada y depravada pasión de sus obreros por el trabajo. Ciertos industriales compran girones de lana sucia, á medio podrir, y fabrican con ella un paño llamado *renaissance*, que dura tanto como las promesas electorales.

En Lyón, en vez de dejar á la fibra de la seda su pureza y flexibilidad natural, se la recarga de sales minerales que la hacen más pesada, mucho más frágil y de menos uso. Todos nuestros productos son adulterados á fin de facilitar su salida y abreviar su duración.

Nuestra época será llamada la *edad de la falsificación*, así como las primeras épocas de la humanidad recibieron los nombres de *edad de piedra* y *edad de bronce*, del carácter de su producción.

Algunos ignorantes acusan de fraude á nuestros caritativos industriales, cuando lo que en realidad los mueve, es la idea de dar trabajo á los obreros, que no pueden resignarse á vivir con los brazos cruzados.

Estas falsificaciones que deben su origen única y exclusivamente á consideraciones humanitarias, pero que producen soberbias ganancias á los fabricantes que las practican, si bien son desastrosas por la calidad de las mercancías y constituyen una fuente inagotable de trabajo humano, prueban,

en cambio, la genial filantropía de nuestros burgueses y la horrible perversión de los obreros, que por satisfacer su viciosa manía del trabajo, obligan á los industriales á sofocar la voz de su conciencia y á violar hasta las leyes de la honradez comercial.

Y sin embargo, á pesar de la sobre-producción de mercancías, no obstante las falsificaciones industriales, los obreros llenan el mercado en cantidades sin número, implorando trabajo! trabajo!

Tanta abundancia de brazos debería obligarlos á sofocar su pasión; al contrario, esto los lleva al paroxismo. Donde se presenta apenas una esperanza de trabajo, allí se precipitan, y una vez que lo han obtenido, reclaman 12 ó 14 horas para poderse saciar, y al día siguiente se encuentran de nuevo en la calle sin tener ya con que satisfacer su manía de trabajo.

Todos los años, en cada industria, se repiten las huelgas forzadas, con la regularidad de las estaciones. Al sobre-trabajo que aniquila el organismo, sucede el reposo absoluto durante tres ó seis meses, y.... sin trabajo no hay pan!

Ya que el vicio del trabajo está diabólicamente arraigado en el corazón de los obreros, ya que sus exigencias ahogan todos los demás instintos de la naturaleza, y, por otra parte, ya que la cantidad de trabajo pedida por la sociedad está forzosamente limitada por el consumo y por la existencia de materias primas; porqué devorar, en seis meses el trabajo de todo un año?

¿Por qué no distribuirlo equitativamente entre los doce meses del año y obligar á cada obrero á conformarse con seis ó cinco horas diarias durante todo el año, en vez de tomar indigestiones de doce horas de trabajo por día durante seis meses?

Teniendo segura su parte diaria de trabajo los obreros no tendrán ya celos entre sí, ni se pelearán por arrancarse el trabajo de las manos y el pan de la boca. En estas condiciones en vez de aniquilarse moral y materialmente, empezarán á practicar las virtudes de la pereza.

Embrutecidos por su vicio, los obreros no han

podido llegar á comprender que para que haya trabajo para todos, es preciso dividirlo como el agua en un navio en peligro.

Pero lo que no han podido comprender los obre-
ros, lo han comprendido los industriales, quienes,
en nombre de la explotación capitalista, han pe-
dido desde mucho tiempo atrás, una limitación
legal de la jornada de trabajo.

Ante la Comisión de 1860 sobre la enseñanza
profesional, uno de los más grandes manufactureros
de Alsacia, el señor Bourcart, de Guebwiller, de-
claraba:

« Que la jornada de doce horas era excesiva,
debiendo ser reducida á once, y que el sábado
debía cesar el trabajo á las dos. Yo aconsejo la
adopción de esta medida, aunque parezca onerosa
á primera vista; nosotros la hemos experimentado
de cuatro años á esta parte en nuestros estableci-
mientos industriales, y nos hallamos satisfechos: la
producción media, lejos de disminuir, ha au-
mentado. »

En su estudio sobre *las máquinas*, el señor F.
Passy, cita la carta siguiente de un gran indus-
trial belga, Mr. Ottevaere:

« Nuestras máquinas, á pesar de ser iguales á
las de las fábricas inglesas, no producen lo que
deberían producir y lo que producirían si estu-
vieran en Inglaterra Nosotros
trabajamos *dos largas horas de más*; estoy con-
vencido de que si trabajáramos once horas en
vez de trece, tendríamos la misma producción, y
produciríamos, por consiguiente, con más eco-
nomía. »

Por otra parte, afirma el señor Leroy-Beaulieu
que « ha observado un gran manufacturero belga
que en las semanas donde cae un día feriado, no
es inferior la producción á la de las semanas or-
dinarias. . . . » (1).

Lo que no ha osado jamás el pueblo, engañado
en su simpleza por los moralistas, lo ha osado un

(1) Paul Leroy-Beaulieu. *La cuestión obrera en el siglo
XIX*; 1872.

gobierno aristocrático. El gobierno inglés despreciando las altas consideraciones morales é industriales de los economistas, que, como aves de mal agüero, gritaban que disminuir una sola hora de trabajo era decretar la ruina de la industria inglesa, — prohibió con una ley estrictamente observada, trabajar más de diez horas por día; y la Inglaterra continuó siendo, como antes, la primer nación industrial del mundo.

La gran experiencia inglesa, lo mismo que la de algunos capitalistas inteligentes está ahí, demostrando irrefutablemente que para aumentar la potencia de la productividad humana, es necesario reducir las horas de trabajo y multiplicar los días de pago y de fiesta; y el pueblo francés aun no se ha convencido de esto.

Mas, si una miserable reducción de dos horas, ha aumentado en diez años casi en un tercio la producción inglesa (1) ¿qué marcha vertiginosa no imprimirá á la producción francesa una reducción de la jornada de trabajo á tres horas?

¿No pueden comprender los obreros que, matándose de trabajar, agotan sus fuerzas y las de su progenitura; que, aniquilándose, llegan prematuramente á ser incapaces de todo trabajo; que, absorbidos y embrutecidos por un solo vicio, no son ya hombres, sino troncos de hombres; que por su manía del trabajo matan en si todas sus más bellas facultades?

Ah! como loros de Arcadia repiten la lección de los economistas: « *Trabajemos, trabajemos para aumentar la riqueza nacional.* » Oh, idiotas! es precisamente porque trabajáis demasiado que se desarrolla con lentitud el maquinismo industrial. Dejáos de rebuznar y escuchad á un economista; no es un águila, no es más que el señor

(1) He aquí, según el célebre estadígrafo R. Giffen, de la *Oficina de Estadística* de Londres, la progresión creciente de la riqueza nacional de Inglaterra é Irlanda.

En 1814 era de 55 mil millones de francos.

» 1865 » 162 » » »

» 1875 » 212 » » »

Reybaud, á quién hemos tenido la fortuna de perder ha poco tiempo:

« Es generalmente sobre las condiciones de la mano de obra que se regula la revolución en los métodos de trabajo. Mientras el trabajo manual ofrece sus servicios á bajo precio, se le prodiga; cuando encarece, se procura hacerlo innecesario » (1).

Para forzar á los capitalistas á perfeccionar sus máquinas de madera y de hierro, es preciso elevar los salarios y disminuir las horas de trabajo de las máquinas de carne y hueso.

Pruebas en apoyo? Se pueden dar á centenares.

El oficio automático del *self acting mule* de las fábricas de tejidos, fué inventado y puesto en práctica en Manchester porque los tejedores se negaban á trabajar tanto tiempo como antes.

En Estados Unidos la máquina invade todos los ramos de la producción agrícola, desde la fabricación de la manteca hasta la siembra del trigo: ¿por qué? Porque el americano, libre y perezoso, preferiría mil muertes á la vida bovina del campesino francés.

La agricultura, tan penosa en nuestra gloriosa Francia, es en Estados Unidos un agradable pasatiempo que se goza estando sentados y fumando negligentemente.

IV

Si disminuyendo las horas de trabajo se adquieren nuevas fuerzas mecánicas para la producción social, obligando á los obreros á consumir sus productos, se conquistará un inmenso ejército de fuerzas de trabajo. La burguesía, aliviada así de su tarea de sobre-consumidora universal, se

(1) Luis Reybaud. *El algodón, su régimen, sus problemas*; 1863.

apresurará á licenciar esa turba de soldados, magistrados, rufianes, etc., que ha sacado del trabajo útil para que la ayuden á consumir y derrochar.

El mercado del trabajo estará entonces desbordante, y habrá necesidad de imponer una ley de hierro para prohibirlo, desde que será imposible encontrar ocupación para estas multitudes humanas, más numerosas que las langostas y hasta ahora improductivas. Y después habrá que pensar en todos los que proveían á sus necesidades y á sus gustos fútiles y dispendiosos. Cuando no haya más lacayos, ni generales que galonear, prostitutas libres y casadas que vestir, cañones y palacios que construir, será preciso imponer, bajo leyes severas, á los obreros y obreras de las diversas industrias de artículos de lujo, regatas higiénicas y ejercicios coreográficos para la conservación de su salud y el perfeccionamiento de la raza.

Desde el momento en que los productos europeos se consuman donde se fabriquen, ya no habrá necesidad de transportarlos á todas las partes del mundo, y será preciso, por consiguiente, que los marineros, changadores, cocheros, etc. empiecen á aprender á descansar. Los felices habitantes de la Polinesia podrán entregarse entonces al amor libre, sin temer las iras de la Venus civilizada y los sermones de la moral europea.

Aun más. Para encontrar trabajo suficiente á todas las fuerzas improductivas de la sociedad moderna y propender á una constante mayor perfección de los medios de trabajo, la clase obrera deberá, como la burguesía, violentar sus inclinaciones á la abstinencia y desarrollar indefinidamente sus capacidades consumidoras. En vez de comer una ó dos onzas de carne dura por día, deberá comer jugosos *beefsteaks* de un par de libras cada uno, y en lugar de beber modestamente malos vinos, más cristianos que el Papa, beberá á grandes sorbos *bordeaux* y *bourgogne*, y dejará el agua para las bestias.

Los proletarios han dado en la extraña idea de querer infligir á los capitalistas diez horas de fundición ó de refinería; este es el gran error, la

causa de los antagonismos sociales y de las guerras civiles. Será necesario prohibir y no imponer el trabajo.

A los Rothschild, á los Krupp, les será permitido presentar las pruebas de haber sido holgazanes durante toda su vida, y, si á pesar de la pasión general por el trabajo, ellos persisten en vivir como verdaderos holgazanes, serán anotados y recibirán todos los días un billete de 20 francos para sus gastos mas pequeños.

Las discordias sociales desaparecerán. Los capitalistas y los rentistas serán los primeros en aliarse al partido popular, una vez convencidos de que, lejos de hacerles daño, se les quiere, por el contrario, libertar del trabajo de sobreconsumación y de derroche, á que han estado sujetos desde su nacimiento. En cuanto á los burgueses incapaces de probar sus títulos de holgazanes, se les dejará seguir sus instintos. Hay suficientes ocupaciones para colocarlos.

Dufaure, por ejemplo, limpiaría las letrinas públicas; Galliffet mataría los cerdos y los caballos roñosos; los miembros del Tribunal Supremo marcarían el ganado en los mataderos públicos; y los senadores podrían servir de enterradores en las ceremonias fúnebres. Para los demás, se buscarían oficios al alcance de sus inteligencias.

Lorgeril y Broglie destaparían las botellas de *champagne*, pero se les pondría de antemano un bozal para evitar que se embriagasen. Ferry, Freycinet y Tirard destruirían las chinches y los demás insectos de los ministerios y de otros albergues públicos; pero poniendo — bien entendido — los dineros públicos fuera del alcance de sus manos, para evitar que se ejerciten en ciertas mañas viejas.

Pero, dura y terrible venganza se tomaría sobre los moralistas que han pervertido la naturaleza humana; sobre los mojigatos, los farsantes, los hipócritas y otras sectas de individuos que han hecho uso de máscaras y disfraces para engañar á la humanidad. Dando á entender al pueblo que viven solamente ocupados en contemplaciones y devociones, en ayunos y maceraciones de la carne,

y que si se alimentan, es para sustentar la pequeña fragilidad de su humanidad, estos individuos llevan ¡Dios sabe qué vida! *et Curios simulant sed Bacchanatla vivunt* (1). Vosotros podeis leerlo escrito en grandes caracteres en sus aspectos y sus voluminosos abdómenes (2).

En los días de las grandes fiestas populares de los comunistas, cuando en vez de engullir polvo como en los 15 de Agosto y los 14 de Julio de la burguesia, el pueblo se sacie de succulentos asados y vinos generosos, los miembros de la Academia de ciencias morales y políticas, los curas de frac y de sotana de la iglesia económica, católica, protestante, judía, positivista y libre-pensadora, los propagandistas del malthusismo y de la moral cristiana ó filosófica, tendrán las velas hasta quemarse los dedos y sufrirán el hambre al lado de mesas cargadas de carne, de frutas y flores, y morirán de sed junto á grandes toneles de vino. Los abogados y los legisladores sufrirán la misma pena.

En nuestro régimen de pereza, para matar el tiempo que nos mata segundo por segundo, habrá espectáculos y representaciones teatrales de todas clases. Es este un trabajo adecuado á nuestros legisladores, quienes, organizados en cuadrillas, irán por las férias y los villorrios dando representaciones legislativas.

Los generales, con sus botas á *l'écuyère*, el pecho cruzado de cordones y escarapelas, y cubierto de órdenes de todos los animales imaginables, irán por las calles y las plazas juntando la gente para el espectáculo, que empezará con la farsa electoral.

Delante de los electores de cabeza de palo y orejas de burro, los candidatos burgueses, vestidos de payasos y cubiertos de programas electorales de múltiples promesas, ejecutarán la danza de las libertades políticas y hablarán con lágrimas en los ojos de las miserias del pueblo, y con

(1) Aparentan ser Curios y viven como en las Bacanales. (*Juvenal*).

(2) Pantagruel. — Libro II, cap. LXXIV.

voz sonora de las miserias de la patria. Y los electores de cabeza de palo rebuznarán á coro, fuerte y sostenido: ¡ih! ¡oh! ¡ih! ¡oh!

En seguida se dará principio al gran espectáculo: « *El robo de los bienes de la nación.* »

La Francia capitalista, monstruosa mujer de cara vellosa y de cabeza calva, de carnes flojas, hinchadas y descoloridas, con los ojos apagados, se extiende sobre un canapé de terciopelo. A sus piés el capitalismo industrial, gigantesco organismo de hierro, con máscara de mono, devora mecánicamente hombres, mujeres y niños, cuyos gritos lúgubres y desgarradores llenan el aire; la Banca, con el hocico de fúina, el cuerpo de hiena y las manos de harpía, le roba del bolsillo los billetes de cinco francos. Hordas de miserables proletarios, descarnados y andrajosos, escoltados por gendarmes que llevan la espada desenvainada, empujados por las furias que los flagelan con los látigos del hambre, llevan á los piés de la Francia capitalista montones de mercancías de todas clases, bordalesas de vino, bolsas de oro y de trigo.

Langlois, con los calzones en una mano, el testamento de Proudhon en la otra y el libro del balance entre los dientes, se pone á la cabeza de los defensores de los bienes de la nación, y monta la guardia.

Apenas han depuesto los fardos, los obreros son arrojados á culatazos y bayonetazos, y se abren las puertas á los industriales, comerciantes y banqueros, quienes se precipitan sobre los objetos de valor, engullendo géneros de algodón, bolsas de trigo, barras de oro, y vaciando barriles de vino. No pudiendo tragar más, caen en un estado repugnante.

Finalmente, estalla el temporal: la tierra se sacude y se abre, la fatalidad histórica surge. Con sus piés de hierro aplasta las cabezas de los que le interceptan el paso, y con su larga mano abate la Francia capitalista, que tiembla y suda de miedo.

Si desarraigando de su corazón el vicio que la domina y envilece su naturaleza, la clase obrera se alzara en su fuerza terrible para reclamar, no ya los *derechos del hombre*, que son simplemente los derechos de la explotación capitalista, ni para reclamar el *derecho al trabajo*, que no es más que el derecho a la miseria; sino para forjar una ley de hierro que prohibiera á todo hombre trabajar más de tres horas diarias, la tierra, la vieja tierra, estremeciéndose de alegría, sentiría agitarse en su seno un nuevo mundo..... Pero ¿cómo pedir á un proletariado corrompido por la moral capitalista, una resolución viril?...

Como Cristo, la doliente personificación de la esclavitud antigua, el proletariado sube arrastrándose desde un siglo atrás por el duro Calvario del dolor. Desde un siglo, el trabajo forzoso rompe sus huesos, atormenta su carne y atenaza sus nervios; desde un siglo, el hombre desgarrá sus vísceras y alucina su cerebro... ¡Oh, Pereza, ten tú compasión de nuestra miseria! ¡Oh, Pereza, madre de las artes y de las nobles virtudes, sé tú el bálsamo de las angustias humanas!

APÉNDICE

UNA EXPLICACIÓN CON LOS MORALISTAS

Nuestros moralistas son muy modestos. Si han inventado el dogma del trabajo, dudan de su eficacia para tranquilizar el alma, elevar la mente y mantener el buen funcionamiento de las almorranas y de otros órganos; ellos quieren hacer el experimento en las masas populares, *in anima vili*, antes de dirigirlo contra los capitalistas, cuyos vicios tienen la misión de explicar y autorizar.

¿Pero porque, señores filósofos adocenados, atormentais tanto vuestros cerebros para elucubrar una moral cuya práctica no osáis aconsejar á vuestros patrones?

¿Queréis ver condenado y escarnecido ese dogma del trabajo por el cual os mostráis tan orgullosos? Consultad la historia de los pueblos antiguos y los escritos de sus filósofos y legisladores.

« Yo no podría afirmar — dice el padre de la historia, Herodoto — que los griegos hayan recibido de los Egipcios, el desprecio al trabajo, por cuanto encuentro establecido el mismo desprecio entre los tracios, los escitas, los persas y los árabes; en una palabra, porque en la mayoría de los bárbaros, los que aprenden las artes mecánicas, y tambien sus hijos, son considerados como los últimos de los ciudadanos... Todos los griegos han sido educados en este principio, particularmente los lacedemonios. » (1)

« En Atenas los ciudadanos eran verdaderos nobles que no debían ocuparse más que de la defensa y de la administración de la comunidad, como los guerreros salvajes de los cuales descendían. Debiendo tener todo su tiempo libre para velar con su fuerza intelectual y corporal por los

(1) Herodoto. Tomo II, traducción Larcher, 1786.

intereses de la República, encargaban todo trabajo á los esclavos. Lo mismo sucedía en Lacedemonia, donde á las mujeres les estaba prohibido hilar y tejer, so pena de quedar derogada su nobleza. » (1)

Los romanos solo conocían dos oficios nobles y libres: la agricultura y las armas.

Todos los ciudadanos vivían de derecho á espensas del tesoro, sin poder ser obligados á proveer su subsistencia con alguna *sordidae artes*, como designaban ellos á los oficios que estaban reservados únicamente para los esclavos. Cuando Bruto, el antiguo, quiso levantar al pueblo, acusó sobre todo á Tarquino, el tirano, de haber convertido á libres ciudadanos en artesanos y albañiles (2).

Los filósofos antiguos disputaban sobre el origen de la idéa, pero estaban de acuerdo cuando se trataba de aborrecer el trabajo. « La naturaleza — escribe Platón en su « Utopía social. » en su « República modelo » — no ha hecho al zapatero ni al herrero; tales ocupaciones degradan á los que las ejercen: viles mercenarios, miserables sin nombre que son excluidos por su mismo estado de los derechos políticos.

En cuanto á los negociantes, habituados á mentir y engañar, serán tolerados en la ciudad como un mal necesario. El ciudadano que se degrada con los negocios comerciales, debe ser castigado por este delito. Si está convicto será condenado á un año de prisión, y la pena será doblada cada vez que reincida. » (3).

En su obra *El económico*, Senofontes escribe: « Las personas que se dan á los trabajos manuales nunca son elevadas á cargos públicos, y con razón. Condenados casi siempre á estar sentados todo el día, y á soportar, algunos, un fuego continuo, no pueden menos que tener el cuerpo alte-

(1) Biot, *De la abolición de la esclavitud antigua en Occidente*, 1840.

(2) Tito Livio, libro I.

(3) Platón, *República*, libro V.

rado, y es bien difícil que el espíritu no se resienta. »

« ¿Qué puede salir de honorable de un negocio? » exclama Cicerón, y « ¿qué puede producir de honesto el comercio? Todo lo que se llama negocio es indigno de un hombre honrado..... los negociantes, no pueden ganar sin mentir, y ¿qué hay más vergonzoso que la mentira? Por lo tanto, es necesario considerar como algo bajo y vil el oficio de todos los que venden sus fatigas ó su industria; desde que uno da su trabajo por la moneda, el mismo se vende y se pone al nivel de los esclavos. » (1).

Proletarios embrutecidos por el dogma del trabajo, ¿ois el lenguaje de estos filósofos que se ocultan con un cuidado especial? Un ciudadano que da su trabajo por dinero se degrada al nivel de los esclavos; comete un delito que merece años de prisión.

La hipocresía cristiana y el utilitarismo capitalista no habían pervertido á estos filósofos de las repúblicas antiguas, quienes discurrendo como hombres libres decían ingenuamente su pensamiento.

Platón y Aristóteles, estos pensadores gigantes, á quienes nuestros filósofos de moda, los Cousin, los Caro, los Simon, etc., apenas les llegan al tobillo empinándose en la punta de los pies — querían que los ciudadanos de sus repúblicas ideales viviesen en la mayor comodidad, desde que, como decía Senofontes: « el trabajo lleva consigo todo el tiempo y no queda nada de él para la república y los amigos. »

Según Plutarco « el gran título de Licurgo — el mas sabio de los hombres — á la admiración de la posteridad, era el haber concedido comodidades á los ciudadanos de la República, prohibiéndoles toda clase de oficio. » (2).

(1) Cicerón. *De los deberes*, tit. 8, cap. 18.

(2) Platón. *La República* V y *Las Leyes* VIII; Aristóteles, *Rep.* II y VII; Senofontes, *Economico* IV y VI; Plutarco, *Vida de Licurgo*.

« Pero — responderán los Bastiat, los Dupanloup y los Beaulieu de la moral cristiana y capitalista — esos pensadores, esos filósofos preconizaban la esclavitud! » Muy cierto, pero ¿podía ser de otra manera, dadas las condiciones económicas y políticas de su época? La guerra era el estado normal de las sociedades antiguas: el hombre libre debía consagrar su tiempo á discutir las leyes del Estado y á velar por su defensa. Los oficios eran entonces demasiado primitivos y groseros para poder cumplir, ejercitándolos, con su propia misión de soldado y ciudadano.

Para tener guerreros y ciudadanos, los filósofos y los legisladores antiguos tenían que admitir á los esclavos en sus repúblicas heroicas. Y los moralistas y economistas no preconizan la esclavitud moderna, el salariado? Y á quienes da comodidades la esclavitud capitalista? A los Rothschild, á los Germiny, á los Alphonses, á inútiles y nocivos esclavos de sus vicios y de sus domésticos.

« El prejuicio de la esclavitud dominaba el espíritu de Aristóteles y de Pitágoras » se ha escrito desdeñosamente; y, sin embargo, Aristóteles pensaba que « si todo instrumento pudiera ejecutar por sí solo su propia función, moviéndose por sí mismo como las cabezas de Dédalo ó los trípodes de Vulcano, que se dedicaban espontáneamente á su trabajo sagrado; si, por ejemplo, los husos de los tejedores tejieran por sí solos, ni el maestro tendría necesidad de ayudantes, ni el patrón de esclavos. » (1).

(1) « Los paganos no entendían nada de economía política ni de cristianismo, como ha descubierto el sagaz Bastiat, y antes que él, el aun mas sagaz Mac Culloch. No comprendían, entre otras cosas, que la máquina es el medio que mas se presta para prolongar la jornada de trabajo. Ellos justificaban la esclavitud de unos como medio para el completo desarrollo humano de otros. Pero para lo que les faltaba el órgano específico cristiano era para predicar la esclavitud de las masas á fin de hacer de algunos toscos é incultos advenedizos, eminentes teje-

El sueño de Aristóteles es nuestra realidad. Nuestras máquinas de hálito de fuego, de infatigables miembros de acero y de fecundidad maravillosa é inextinguible, cumplen dócilmente y por sí mismas su trabajo sagrado; y á pesar de esto, el espíritu de los grandes filósofos del capitalismo permanece dominado por el prejuicio del salariado, de la peor de las esclavitudes. Aun no han alcanzado á comprender que la máquina es la redentora de la humanidad, la diosa que rescatará al hombre de las *sordidae artes* y del trabajo salariado, la diosa que le dará comodidades y libertad.

dores, grandes fabricantes de salchichas é influyentes comerciantes de betún. (Carlos Marx. *El Capital*, 2ª edición, pág. 428.



Biblioteca Sociológica

Los Instigadores , (I Sobillatori) por F. TURATI, y los Deberes del Soldado , por L. TOLSTOY.	\$ 0.30
Sentido común y Sugestión , por ARDIGÓ	„ 0.20
Segundo Certamen Socialista , con una fotografía de los mártires de Chicago.	„ 3.00
Socialismo y ciencia positiva , por E. FERRI	„ 1.00
Observaciones sobre la Cuestión Social , por E. DE AMICIS.	„ 0.25
Estudios sobre el Socialismo científico , por ENGEL	„ 0.25
Ley de los salarios , por J. GUESDE	„ 0.25
¿Qué es el Socialismo? por INGENIEROS	„ 0.50
Elementi di Sociologia , por A. PISANI	„ 1.00
Bases económicas del derecho , por A. LORIA	„ 0.80
El método científico , por J. B. JUSTO	„ 0.10

